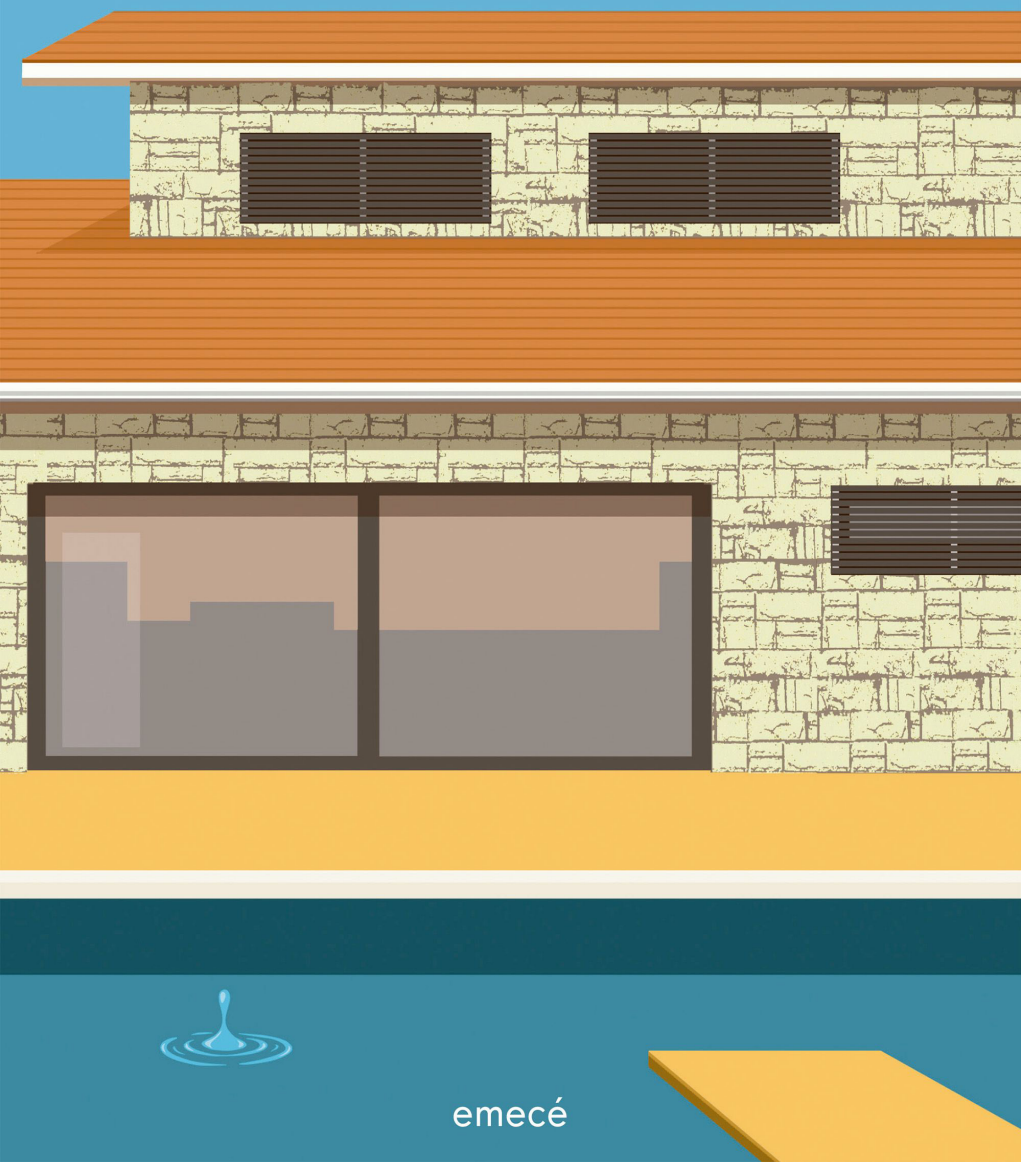


PATRICIA SALINAS

CASA CON PILETA



Patricia Salinas

Casa con pileta

emecé

Uno

Por encima de la pileta de la que es hoy mi casa asoma un edificio verde. Casi no lo noté cuando la compramos pero este verano estoy pendiente de cada ruido, de cada conversación; música que ponen, chistes que cuentan. Es que ahí funcionaba uno de los centros clandestinos de la dictadura. “Esta era la casa de unos ingleses”, dijo el dueño cuando nos la vendió. Más tarde conocí a una señora que era pariente de los Lyons, la familia que la habitaba antes. Ella me contó cosas bastante intrascendentes que no recuerdo sobre la antigua disposición del barrio, lo grande que era la casa y lo populares que eran los ingleses y sus fiestas.

El entonces Pozo de Quilmes es la actual Brigada de Investigaciones, una especie de comisaría que suele salir en los noticieros. Ahí van a parar los presos narcos o quienes robaron cosas importantes; en tanto, sus abogados tramitan sus condenas y los policías continúan “investigando”. Mientras nado, escucho a unos hombres llamar al guardia gritando porque tienen hambre, pidiendo cigarrillos o tarjetas de celular bajo el trasfondo de la cumbia de moda del verano.

La pileta está emplazada en un rectángulo de piedras tipo laja. Un rectángulo de agua celeste. Agua fresca y transparente en verano. Agua verde y asquerosa en invierno. Del costado más largo, tres bancos de club de cemento; del más angosto, dos. Son realmente de otra época. Glicinas y hortensias hacen de cerca divisoria entre la pileta y el jardín. Tres grandes árboles se estiran hacia la calle de un lado de la casa, su otro costado más italiano, conserva unos viejos frutales, un ciruelo y un cerezo. Matas de plantas que el jardinero moldea con las tijeras contrastan con la naturaleza salvaje del jardín.

Pienso en ese edificio verde que parece una jaula y se asoma por detrás de mi jardín como un símbolo. Pienso en los presos y no puedo evitar comparar a los de ese entonces con los de hoy. Estos son alegres y se podría decir que carecen de dramatismo. Me pregunto qué música usarían en aquella época para tapar eso que hacían porque ahora yo puedo distinguir bastante claramente la composición de los diálogos. Alguien que logró escapar mencionó haber escuchado gente hablando en inglés, muchas risas y chapoteos de agua. Lo leí en un libro de la facultad en donde estudié sociología.

Arriba del quinchito, gira con el viento una brujita de metal que tiene una flecha. A veces la miro desde la pileta. A veces su flecha señala algunas de las casas del vecindario. A veces se queda fija en dirección al edificio que se asoma detrás de la pileta. Por las noches

la bruja del techo chirría, al principio me asusta, luego lo considero un ruido del lugar. Pensar que a mí, que no me gustan las ficciones, me cayó encima una de lo más fantástica. Soy una chica nacida en la época tormentosa pero que a sus veintiséis años se enteró de que no salió del vientre de su madre.

Como yo no sé de dónde vengo, mi regreso a aquel tiempo se hace inevitable. En mi imaginación, hoy esos años son el punto de partida en mi historia paralela de lo que podría haber sido. Así que acá estoy tratando de recordar algo que es imposible. ¿Qué puede tener para recordar alguien que como yo no sabe bien quién es? ¿Por qué ahora necesito aferrarme a los hechos con palabras escritas? ¿No me parecieron siempre los estudiantes de Letras unos pedantes? ¿Los escritores, unos conservadores aburridos? ¿Terminaré pidiéndole prestada su gramática, las reglas que tanta rabia me daban, para contarme a mí, que siempre estuve tan afuera de toda regla? ¿Acaso me leerían si lo hiciera? Cada uno está metido en su propia mentira, me convenzo y esto que escribo es sobre la mía.

Anteriormente había intentado empezar a escribir mi historia y todas las veces me había invadido una especie de pena por mí misma que me había hecho abandonar. Decidí que esta vez sería distinto y me propuse emprender la verdadera búsqueda, la de la verdadera identidad, consignas que en mi caso se emparentan con las condiciones en las que fui traída a este mundo. ¿Qué significa que yo no sepa de dónde vengo?

¿Qué es eso que mantiene unida la cadena ribonucleica y de qué se trata esa biología de la que fui separada? Una fruta caída de algún árbol desconocido: las reacciones son de lo más diversas desde que me decidí y empecé a contarles a mis amigos mi historia, mis seudofábulas sobre mi origen.

Ni verdades ni mentiras porque se me corrió un poco el límite. Últimamente en boga, un nuevo tipo de interpretación neometafísica asegura que mi alma habría elegido a mis padres, a los biológicos y a los adoptivos, desde antes de nacer para llevar a cabo el aprendizaje en esta vida que no es la única porque también hay otras. Supongo que algo así aplica y se extiende a los niños abusados, a los indigentes, a los paralíticos, etcétera. Es una forma particular de ver el mundo que no entiendo.

Otros interlocutores casuales de mi drama, más materialistas quizá, me sugieren que no hice lo suficiente por saber quiénes son mis padres y que posiblemente estén desaparecidos. Doblemente desaparecidos para mí dado que a medida que el tiempo pasa, veo cómo se reducen mis pretensiones de saber sobre ellos, de conocerlos; en suma, crear vínculos que ayuden a compensar todo el tiempo que estuvimos separados. Esos interlocutores saben bien de qué vientre salieron aunque muchos reconozcan que ese saber es en realidad un relato y permanece porque no se puede contradecir. En cambio, el mío estalla y pierde su categoría de verdad cuando quien hasta ese entonces era

mi padre pasa a ser mi padre adoptivo. ¿Cómo es esto? Todo empieza y termina cuando él me confiesa eso que yo intuía pero que nunca pude verbalizar.

Las pistas que persigo se disparan en direcciones antagónicas de la mano de hipótesis sospechosas, llamativas. A veces son muy obvias pero usualmente se encaminan por un proceso muy curioso. Así, yo paso de enterarme de algo, de tratar de saberlo, de creer que sabía, a empezar otra vez de cero. Dentro de esa espiral centrífuga, me rindo al efímero entusiasmo y al recurrente desasosiego de mi nuevo pasatiempo que es la autofabulación. Esto consiste en construirme posibles identidades para luego tirarlas abajo y suplantarlas por otras.

Toda esta actividad le añade a mi vida una gravedad que considero mi “plus biográfico”. La pregunta entonces se transforma en cómo vine yo a asistir a este “desconcierto” ¿Cómo puede ser que yo sea el producto de un acto del que alguien se arrepintió o no pudo? ¿Cómo puede ser también que ahora la que no pueda con eso, la incapacitada, sea yo?

Es por todo esto que quiero volver a mi vida habitual de antes de saber que soy adoptada.

Dos

Mi padre y mi madre se enamoraron a primera vista. No es una exageración decir que ambos eran muy hermosos. Él, oriundo de Córdoba. Ella, de Paraná. Se habían conocido en una carrera de autos en Paraná. Después vendrá un largo intercambio epistolar. Paralelamente se sucederán ciertos cambios como el fallecimiento de mi abuelo, el padre de mi madre, después de cuyo entierro se casarán y se mudarán a Buenos Aires.

Antes de que mi papá trabajara vendiendo créditos por ahí, había tenido un empleo que le había gustado en el rubro textil. Y eso había marcado nuestras vidas de distintas formas. Empezó en la firma Textilía cuando esta desembarcó en Quilmes, donde además de operario, junto con mi madre eran caseros en el enorme terreno boscoso que ocupaba. Una vez, revisando el pasado de ellos —como suelen hacer los hijos—, me encontré con un montón de cartas que se habían mandado desde que se conocieron en Paraná hasta que se fueron a vivir a la fábrica que sería su primer hogar.

Mi madre escribía en una especie de diario íntimo lo feliz que estaba. “Es nuestro nidito de amor.” Eso decía y describía un poco el departamento, las cortinas

que le había puesto. Yo podía sentir la felicidad que se desprendía de sus palabras. En un libro de despedida de solteras, encontré unos recortes de revistas de sus compañeras de colegio de Paraná. Con patios enormes, la escuela del Centenario había sido la primera con magisterio en la Argentina. Para cuando fui a la escuela, imaginaba las historias que se desprendían de ver las fotos de mi madre, formada con sus compañeras, el pelo tan prolijo, las risas a flor de piel, contenidas.

Tres

El relato del cuaderno en la mesita de luz de mi madre decía: “Imagino una casa grande con grandes ventanales con *vitraux* de color verde y amarillo que en días soleados brillarían. Esa misma casa tendría áticos pequeñísimos pero cálidos, desde donde se pudiera dominar todo el parque y también sería un lugar especial para leer o para charlas íntimas con amigas. Es un sueño pero sería un refugio para determinados días, pues no podría vivir demasiado tiempo lejos de la ciudad”.

Tendrían que pasar por lo menos diez años para encontrarme con ese cuaderno.